



MITOS

El Origen de la Vida



Cuentan que hace muchos años, Ch'ujtiat, el señor del Cielo, creó la Tierra y a doce hombres inmortales para cargarla sobre sus hombros.

Cuando éstos se cansan y la cambian de posición se originan los temblores. Más tarde creó a los primeros hombres mortales, pero fueron ingratos con él y les mandó el diluvio; a los sobrevivientes los convirtió en monos y a los niños que murieron, en estrellas.

Creó entonces a los primeros padres, los na'al, Ixic y Xun'Ok, quienes se multiplicaron y poblaron nuestro hogar. Fue así como comenzó la vida en la Tierra.

Así lo cuentan los ch'oles.

El origen del fuego

Cuentan que hace muchos años, todos los animales deseaban conocer el fuego que se encontraba en el cerro más alto. Tras un consenso, los animales mandaron a un sapo a explorarlo pues creían que vivir en el agua le ayudaría a no quemarse.

Después de mucho tiempo, el sapo logró tomar una llama, pero al volver la apagó con el agua que traía en el hocico. Entonces, la zorra sugirió que, en el próximo viaje, la gallina lo acompañara para que avivara el fuego agitando sus alas.



El plan resultó, pero al mostrarla cayó en la cola del tlacuache, quien al sentir la lumbre corrió por el monte dispersándola.

Gracias a este suceso ahora tenemos fuego y al tlacuache con la cola pelada y amarilla como la conocemos.

Así lo cuentan los Yoremem



Las luciérnagas que embellecen a los árboles

Mi abuelo me contaba que antes, cuando llegaban las lluvias de junio, las luciérnagas venían junto con ellas. Las luciérnagas alegraban a los árboles y entonces los corazones de las personas brillaban también. Esto era durante el día de San Pedro.

El campanero tocaba fuerte las campanas de la iglesia mientras las luciérnagas, guiadas por las antorchas, Llegaban a los árboles, y con sus lucecitas los alegraban para que dejaran la tristeza y dieran sus frutos. Las personas en el pueblo seguían cantando hasta que las antorchas se acababan o las luciérnagas dejaban de brillar.



Entonces, la noche se quedó oscura, pero los árboles ya estaban sanos.

Ahora, la ausencia de los cantos y los ocotes han dejado tristes a los árboles, pero en nosotros está volver a encender las antorchas, cantar a San Pedro y brillar en nuestro corazón junto con las luciérnagas para alegrar a los árboles.